Año LI. — Viernes 28 de Julio de 1911 — Núm. 14.894

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Suscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7'50 id. —La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales
Redacción, Mayor, 24.—Administración, Mayor, 46.

Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales París Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr, Jhon F, Jones, 31 Faubourg Montmartre. —New-York, Mr. George B Fike, 21-Park Row.—Berlin, Rudolf Mosse, Jerusalémer Strasse, 46-49 --La correspondencia al Administrador.

Por tierras de Flandes

La playa de Ostende

Por setenta y cinco céntimos alquilamos la caseta que un caballo panzudo y reposado arrastra hasta el mar, un bañador á listas horizontales, dos tohallas encarnadas en las que este letrero *Bains Ostende*—lisonjea el resto de vanidad que nos queda. Hombres de todas las cataduras, de todos los volúmenes, de todas las edades, sumergense en el agua cuando, tímidamente, asomamos nosotros á la escalera de nuestra barraca. Alemanes atléticos, holandeses panzudos, americanos brunos, ingleses rubios y ágiles, franceses ornados con la perilla sempiterna y qne, por casualidad, no llevan la condecoración en el traje de baño. Y mezclados con ella, rodeando nuestro habitáculo transitorio, riendo y nadando y coqueteando hasta el pié mismo de uuestra escala, una nube de mujeres ondinas, de mujeres náyades, de mujeres capaces de agotar todas las comparaciones mitológicas por lo esbeltas y audaces y bellas.

El arte de la indumentaria lo han reducido estas bañistas estupendas á su mínima expresión: nada de estofas ni telas impermeables y rígidas. Nada de volantes, ni de pantalones sueltos y amplios, nada de eso: un trajecillo corto por ambos extremos, un trajecillo de malla de seda, como de acróbata, ajustado, descotado, parco en la longitud del patalón; un sombrero de cancho, para resguardar la cabellera, unas sandalias que permiten contemplar sin recato la blancura nacarada de los piés ágiles: eso es todo. O mejor dicho, eso no es nada, si se las observa entregradas á lo que podría llamarse la alegría marina, pasando á vuestro lado, salpicándoos de espuma, agitándose, entre los móviles espejos del agua, propicias á toda lisonja. húmedas de mar y doradas de sol. Conocemos por la carnación de jazmín y por los rizos de oro, á las muchachas inglesas; por la epidermis rosada y por la escultura de los butos y de los torsos á las alemanas de pupilas azules; por la travesura de los ojos y de las bocas á las francesas, ingenuas—perversas hermanas de Claudina. Y conocemos también, por el inocente impudor con que muestran el prodigio de su semidesnudez; que no son cocoas; pues que las vendedoras de amor, pintadas, maquilladas, artificiosas, recompuestas, no podrían sumergirse, sin peligro de destrucción, á plena luz, en el agua; sino muchachas cuyos encantos tienen una firmeza y una belleza de juventud auténtica.

Nos encontramos, dentro de nuestros bañadores de rayas horizontales, tan ridículos como personajes de Paul de Koch. Pero observamos enseguida que los demás nadadores masculinos no son menos ridículos que nosotros, y esto ahuyenta nuestra timidez. Nos lanzamos al agua. A los cinco minutos tomamos nuestra parte en la alegría general. Como Pepe Bojart, que me acompaña, desaparece de mi vista, realizó una pequeña excursión, hasta encontrarlo recibiendo lecciones de natación de una muchacha rusa que no entiende una palabra de español, pero que se ríe á carcajadas no sé si de la escasa agilidad ó de los piropos pintorescos, que su improvisado discípulo le dirige.

***

A la caida de la tarde, como no hay carreras de caballos, el paseo del Dique, llénase de una muchedumbre fastuosa.

Las toilettes femeninas más atrevidas, más originales, y también las más extravagantes, vense aquí. La playa abierta, ilimitada, piérdese á lo lejos hacia poniente. donde el agua, al agonizar del sol, hierve como un río de oro en fusión. Por la parte del mar, hacia el Norte, todo es azul, y las mansas olas de una infinita longitud, rítmicamente desdoblan y recogen su festón de espuma. Sobre la muralla del dique, á lo largo del ancho paseo que los Hoteles y los Casinos suntuosos, y los chalets señoriales, y los palacios de los multimillonarios, limitan por la parte de tierra, la ola humana extiéndese á su vez: una confusión de vestidos claros, de tules, de sombrillas cuyos encajes diríanse tejidos por arañas, de plumas maravillosas, cimeras de sombreros que, cuestan fabulosas sumas, de túnicas de seda, blancas ó negras, sobre las que la última luz solar se desliza en fugaces llamaradas. Y de esta multitud se exhala un perfume diabólico; un perfume hecho de las más raras y [illegible] esencias de tocador, de [illegible] de automóviles, del [illegible] de [illegible] adorables cuerpos [illegible] perfume de ociosidad [illegible] y de sensualidad [illegible] capaz de enloquecer—ó más bien, de entristecer—á todos los pobres y á todos los desheredados de la tierra.

Vagamos nosotros por la ciudad; es una villa tan limpia; tan típica, como todos los burgos de Flandes, con sus *piñones* rematando las fachadas, con sus tejados en rápido declive, con su torre comunal, en cuyo campanil, un carillón de campanas multisonoras da su música ingenua á cada hora del reloj. Hay un canal por donde el mar se adentra; un canal navegable en cuyas aguas reposan los yates blancos, de dorados herrajes; los yates lujosos, sobre cuya cubierta, al anochecer, damas descotadas y caballeros de frac cenan ceremoniosamente, sentados en frágiles sillas de mimbre, á la luz clara de los arcos voltaicos, que se deshace en la albura de los manteles y funde en ambaz el cristal de las copas de champan.

Vamos, al fin, al Kusaal, es un Casino como todos los Casinos de playa opulenta, con los mismos mozos de librea la misma mesa de ruleta donde los mentecatos y los croupiers trabajan, rodeados de mujeres rapaces, que atisban al momento los buenos golpes de fortuna para hacer á los jugadores gananciosos toda suerte de gestos prometedores. Solo que aquí esas mujeres proceden dé París, y están en número abrumador; y los rastacueros forman legión, y los fraques y los smokings desfilan á centenares, entre los bustos desnudos, constelados de brillantes, de las princesas auténticas y de las princesas del amor que, de niños, tanto nos hacían soñar, cuando las contemplábamos en las cajas de cerillas...

Hay un escenario, en el salón de fiestas y artistas de varietés. Se baila también en un salón ornamentado con esceso. Todo es como tantas vecees lo hemos visto; todo es uno y lo mismo en verdad.

Pero al atravesar el vestíbulo entre grupos de viejos próceres majestuosos la rusa matinal, la expontánea profesora de natación nos mira al pasar. Nos mira con sus ojos de azul claro, de esmalte, nos mira como sino nos hubiera visto jamás. Está maravillosamente vestida con un discreto escote, de muchacha soltera. Lleva una rosa al borde del vestido, junto al seno, y solo dos per[illegible] en las orejas diminutas que asoman [illegible] la [illegible] de los cabellos rubios.

Juan PUJOL.

Ostende Julio 1911.

Los pintores españoles

Madrid 28 9 m.

En los círculos donde concurren los artistas, se sabe que la comisión de Gobierno de la Exposición de Bellas Artes de Roma, ha designado tres cuadros de los pintores españoles, Zuloaga, Anglado y Ramón Zuliaurre, con objeto de que sean adquiridos por el Estado.

Estos cuadros serán destinados al Museo de Arte Moderno.

Vasilerías

O cosas de Vaso.

Es decir, cosas de *sustancia*.

Ejemplo.

Hoy hemos leido "La Tierra".

Y al leer el título del artículo de *fondo*, nos hemos sonreido.

¿Alcantarillerías?

Escasez de *fondos*.

***

Y en ese artículo se aplaude la actitud franca y resuelta adoptada por el señor Anaya, en un asunto alcantarillero.

Acuerda el municipio que el letrado consistorial informe y dé su docta opinión.

Y el señor Anaya, como el baturro del cuento, se planta enmedio de la vía, y al ver que el sentido común le silba para que se aparte, le dice como el aragonés:

¡Chufla, chufla, que como no te apartes tú!...

¡Espartano!

***

En ese artículo, que debe ser del propio García Vaso. *por que no hay en el mundo quien tenga valor para escribirlo más que el*, se dice lo siguiente:

"Y es que en la política local algunos señores son tan aficionados á las inversiones que hasta invierten los conceptos y los nombres de las cosas y llaman empleados de consumos á los matuteros y á los matuteros empleados de consumos; vendidos á los independientes y honrados, y *honrados* é independientes *á los vendidos....*"

¡Viva el D[illegible]do honrado!

¡Viva el A[illegible]e *honrado*!

Seg[illegible] García Vaso, eso [illegible]uye *una inversión*.

Y si le apuran mucho, *un colmo*...

¿A que no saben ustedes quienes se reunen en el pabellón del Casino?

"La Tierra" lo dice con indignación.

No es ni *Chantilly*, ni *Mercucio*, ni Juan Soldado, ni el Ranchero, ni el Moño, ni el Desperdicio, ni *José de Cartagena*

Que estos fueran al Casino, no tendría nada de extraño.

Lo raro, lo inaudito, lo atroz, es que en el Casino se reunan D. José Maestre, don Justo Aznar, don Luis Benitez, don Manuel Antón, don Ramón Laymón, don José Antonio Sánchez Arias y otros *golfos* por el estilo.

¡Qué razón tienen los de "La Tierra."

¡Cuanto darían por *invertirse* con *fruto*!

***

Oido al cuerno.

Por fin, el Bloque se ha tocado. el *idem*, y anuncia para el próximo domingo, el mitin suspendido.

Y dice que solo hablará García Vaso.

¿Y no hablará Piñero?

¡Qué casualidad!

***

García Vaso no quiere maletas á su alrededor.

Con su *bata de percal planchá* á modo de muleta y su lengua viperina (ó *purpurina* que dice un bloquista *honrado*) á guisa de estoque, se basta y se sobra él, para vencer á su enemigo.

Tres *caciquismos* con la izquierda, dos *forasterismos* con la derecha, una *mancomunidad* de pitón á rabo, cuatro *lamecaciques* por bajo y entra á matar arqueando el brazo, dando una *chalequera* en el Alcantarillado, y siendo enviado á la enfermería con una abertura en la boca del estómago.

Los profesores encargados de taparla son los [illegible] doctores señores Ortuño [illegible]rrizabala y Compañía.

Se le co[illegible]rá la oreja.

Y le har[illegible].

¡P[illegible] lo [illegible] va á tener que oir!

Importante

En breve publicaremos un anuncio sobre un asunto altamente beneficioso para los propietarios agrícolas de esta Región.

Sepulturero ladrón

Madrid 28-9 m.

Comunican de Criptana que hay gran efervescencia en contra del sepulturero de dicha ciudad.

La causa es haberse descubierto que desenterraba los cadáveres para robarles los objetos valiosos.

El sepulturero ha sido apresado pero se teme ocurran disturbios para la indignación en todo el vecindario es grandísima.

Sobre las intoxicaciones

Respecto á la noticia que dimos de haber resultado enfermos varios individuos que tomaron helados en la Horchatería Valenciana situada en el muelle de Alfonso XII hoy en honor á la justicia debemos decir que el inspector de Sanidad y director de los servicios de higiene y salubridad D. Leopoldo Cándido, pasó á dicho establecimiento con el fin de practicar un detenido reconocimiento de las vasijas que se usan tanto para la confección de los mantecados como para la cocción de la leche, resultando que unas y otras no están picadas y que las garrafas que se usan para hacer los helados son de lata.

Según el informe dado á la alcaldía por el Sr. Cándido las causas de las intoxicaciones que dimos cuenta deben obedecer á la mala calidad de la leche que suministran los lecheros pues esta procede de cabras preñadas.

Esperamos que el Sr. Cándido continuará reconociendo, también las vasijas que usan otros industriales en sus establecimientos, con el fin de que no ocurran con tanta frecuencia como ocurren estos sucesos.

Alonso Bienvengud golpeó el portón con la empuñadura de su daga.

En las altas almenas que coronaban el torreón de la campana apareció un soldado armado de mosquete, con la mecha calada y encendida, que preguntó sus nombres á los dos hidalgos.

Estos le contestaron, y abriéndose un postigo del portón penetraron por él al Castillo. En la plaza de armas les aguardaban; el capitán Sancho Clemente y el castellano de la fortaleza, valiente y noble caballero llamado Antonio de Sepúlveda.

Invitó este á sus huéspedes á pasar al Alcázar en donde estaba su vivienda, a poco, los hidalgos se encontraban sentados en la gran cámara del Mediodía. cuyos rasgados y anchos ajimezes dejaban ver el puerto en toda su magnífica extención, como soberbio espejo encerrado en un marco de montañas.

Hagamos gracia á nuestros benévolos lectores de la larga conferencia que celebraron los hidalgos, y limitémonos á relatar sus últimas palabras.

—¿Decíais, señor Sancho Clemente?...—preguntó D. Luis con cierto retintín irónico.

—Decía y repito,—le contestó el anciano,—que estoy mal[illegible] al escuchar en vuestra elocuencia llena de sutilezas y distingos, y sin em-

con despecho,—que al fin hay que plegarse aun á aquellas costumbres que empequeñecen á los hombres.

Pocas palabras más mediaron.

Se despidieron los hidalgos de Antonio Sepúlveda, y á poco, Alonso Bienvengud y D. Luis, bajaban por la rampa, hoy cuesta de la Baronesa, y volviendo á su izquierda por las estrechas callejuelas del barrio de los Pescadores, llegaron á la plaza del Concejo, que ahora lleva por nombre «Santa Catalina.»

Una vez en la plaza entraron en la casa de Nicolás Garre de Cáceres.

En el ancho zaguan les aguardaba el sirviente de cámara de aquel.

Un lindo pajecillo de unos catorce años, que salía á la razón, se deslizó con paso cauteloso y se ocultó tras del marmóreo intercolumnio que sustentaba el blasonado frontispicio de la casa solar de Nicolás.

Desde su acechadero, aguzando el oido, pudo escuchar estas palabras:

—¿Y tu amo?—preguntó D. Luis al sirviente de cámara.

—Está en el camarín de mi señora, pero me ha dado órden para que haga pasar á sus mercedes á la sala de armas, á donde acudirá al momento.

—yo no he de concurrir á un desafío con esas condiciones. Yo quiero que se batan á la luz del día, donde el mundo les vea verter su sangre por la honra.

—Entonces, el alcalde mayor...—le dijo Don Luis con acento burlón.

—¿Y qué me importa á mí que sobrevenga ese señor Diego de Frías con todos sus corchetes, con la milicia entera, y aun con los tercios del adelantado? ¿Pensáis que porque tengo quince lustros no puedo manejar la toledana?

—Dejemos, si gustáis, las exageraciones, señor Sancho Clemente,—le replicó el Alcalde.—Ya que estamos conformes en que el agravio que Nicolás Garre de Cáceres ha inferido á Segado es público y notorio, y como dicho agravio es de tal índole que solo puede veindicarse con un combate singular y á muerte. debemos ocuparnos en elegir los medios de llevarlo á cabo con las debidas precauciones. Por mi parte propongo, que en la próxima aurora debe tener lugar el desafío en la explanada en que se asienta la Linterna.

—Otorgo por mi parte,—contestó D. Luis.

—Y yo también, ya que es inevitable el desafío—replicó Bienvengud con el semblante apesarado.

—Y yo, pardiez, abono—dijo Sancho Clemente